

DISCURSO DE APERTURA DEL SIMPOSIO DEL AÑO 2026

Eduardo Dayen

Volvemos a encontrarnos para abrir las puertas del acostumbrado y valorado Simposio de nuestro Grupo. El que inauguramos hoy lleva el número 56. El primero transcurrió durante los días 15, 16 y 17 de mayo de 1969. Fue un encuentro en el que se inscribieron sesenta trabajos, dos de los cuales los presentó un grupo coordinado por el Dr. Luis Chiozza. Dos trabajos que hoy conservan la vigencia y la frescura de su primera hora: "Opio" y "La interioridad de los medicamentos". Dos textos preservados en la memoria de nuestra Institución.

Naturalmente, el número 56 que lleva este Simposio habla del transcurso de un tiempo que convoca la presencia de lo que llamamos el "pasado". Pero se puede pensar que si hay algo que no pasa nunca es el pasado. El mismo Freud subrayaba que *el desarrollo mental del individuo repite abreviadamente el curso del desarrollo de la humanidad*. Asimismo, si bien decimos que tenemos memoria, se puede sostener que es la memoria la que nos tiene a nosotros.

No solo somos la memoria de cada uno de nosotros sino también la de quienes nos precedieron. Una memoria que, en el mejor de los casos, procuramos integrar y armonizar en nuestra convivencia y en el quehacer de nuestros días. Una memoria que en este mismo momento ya nos está estimulando para que retomemos la meta común de decir y de escuchar, de comunicarnos con los tentáculos de la curiosidad predisuestos a explorar lo que flota en el ambiente de este encuentro tan querido por todos nosotros.

El momento de abrir las puertas siempre nos brindó la oportunidad de "mirar para adentro" y reflexionar un poco sobre cómo estamos y qué disposición tenemos frente a la reunión que ahora inauguramos.

La primera cuestión que se me planteó es que suele ocurrirnos, en distintas proporciones, que tanto las presentaciones como las participaciones a veces nos despierten la vivencia de tener que afrontar una mirada que va a poner en cuestionamiento lo que pensamos y, como si fuera poco, hasta lo que catalogamos como nuestros valores.

Pero, bueno. No se nos escapa que son las inevitables gambetas que impone la neurosis y la idea que nos hacemos de eso que llamamos “yo”; una cuestión que a veces nos intimida frente a la posibilidad de cometer un error o incurrir en algo inconveniente. Eso que suele despertarnos temor por tener que encarar algo inhabitual o no del todo bien conocido.

No solo somos el pasado y la memoria que tenemos sino, además, las consecuencias de lo que decidimos frente a las circunstancias cambiantes de la vida. Decisiones que en algunas ocasiones preferimos tomarlas en el marco de lo consabido para evitar el riesgo de lo imprevisible.

Pero ¿qué podría ser mejor para todos que averiguar, cuestionar y descubrir?. La vida fluye de manera permanente y muchas veces es necesario animarse a pesar del miedo.

Sin embargo, la cuestión no es sencilla y conviene estar atentos. Hay que tener en cuenta que vivimos inmersos en ideas que colonizan el consenso y que, poco a poco, van adquiriendo importancia y pasan a integrar nuestros pensamientos, nuestras decisiones y nuestras acciones sin que alcancemos a tener clara conciencia de todo el proceso que se desliza bajo nuestros pies.

Un ejemplo grosero del tema es que se dice que en varias partes del mundo, como en Buenos Aires y algunas ciudades de Europa, la cantidad de perros ya supera en más del doble a la de niños, reflejando una tendencia global de familias multiespecie en las que las mascotas ocupan un rol central. Una tendencia que, como no podría ser de otro modo se ve acompañada por la enorme caída del índice de natalidad. Todavía quedan algunos padres que van a la plaza a jugar a la pelota con su hijo, pero ya predominan los que van para tirarle la pelotita a su perro.

Del mismo modo, muchas concepciones han ido cambiando sin que las tengamos del todo bien registradas. Está ocurriendo, por ejemplo, que la intención que hoy vemos prevalecer es la de “ser importante”, superando cada vez más a la de “servir”.

De manera que es mejor no distraerse porque sabemos que el propósito de descubrir lo que nos parece que los demás viven sin darse cuenta es un buen método para hacer frente a lo que desconocemos de nosotros mismos.

La profunda crisis de valores en la que nos encontramos sumidos, y especialmente en lo que corresponde al cambio de lo que pensamos acerca de la importancia de la familia, constituye una circunstancia muy favorable para el desarrollo de un conflicto relacionado con la “pertenencia”.

Una cuestión que, como era de esperar, nos toca a todos de manera frontal y nos invita a examinarlo prestando atención a nuestras conductas más habituales.

Por ejemplo, podemos revisar cuál es el significado que cada uno de nosotros le damos hoy al hecho de mantenernos al margen o animarnos a “participar”.

Quien participa forma parte de algo mayor, que lo supera y lo trasciende. Ese es el modo en que se añade a un todo que no es la mera suma de sus partes. Una canción es más que el añadido de las notas que se ejecutan para entonarla.

Los seres humanos formamos parte de muchos conjuntos que tienen un sentido mayor que el de cada uno de los que lo integran: familia, grupos sociales, nación y hasta la comunidad de seres humanos.

Vistas así las cosas, no cabe duda de que “formar parte” es apenas un aspecto de la cuestión. Todo hace pensar que participar es, también, y fundamentalmente, “tomar parte”, involucrarse en la vida del grupo del que se obtienen los beneficios que brinda darle satisfacción a la “necesidad de pertenencia”; y eso es intervenir.

Sin embargo parece que es bueno tener en cuenta que “intervenir” es solo un ingrediente del “formar parte” que puede o no acompañarla. Claro que lo que suele ser un malentendido consensual de nuestros días es la ilusión de que aunque la intervención se vea cohibida, el solo “formar parte” ya autoriza para reclamar el derecho de poder satisfacer la necesidad de pertenencia. Una queja que suele vivirse como plenamente justificada porque se parte del equívoco de pensar que la satisfacción de la necesidad de pertenencia es un derecho que puede reclamarse a un poderoso que tiene la capacidad de otorgarla.

Pero a la tan necesaria pertenencia nadie la otorga. La pertenencia nace de nuestra dedicación y de nuestras acciones. Y lo mismo que pasa con el aire, cuando falta no hay otra cosa que pueda reemplazarlo.

Queremos sentir que pertenecemos pero si no podemos conseguir lo que queremos, tampoco conviene echarle la culpa a que nos equivocamos al elegir lo que somos en lugar de prestarle atención a las oportunidades que estamos dejando pasar.

La cuestión no es simple, pero lo cierto es que tenemos la suerte de formar parte de un grupo en el que podemos compartir las cosas que vamos pensando. Creo que eso es un don, una gracia que, sea como sea, nos hace sentir bien acompañados. Una soledad que duele mucho es la de tener que mantener la boca cerrada porque sentimos que estamos con quienes van a menospreciarnos.

En el año 1995, Luis Chiozza y colaboradores pusieron en nuestro conocimiento “El significado inconsciente específico del SIDA”. Un trabajo que en su esclarecimiento se ocupó de profundizar en la concepción que teníamos acerca de la vivencia de “pertenencia”.

Etimológicamente, el término “pertenencia” se refiere a un grado superlativo de la tenencia. Solemos entender por “pertenencia” el derecho de propiedad que tiene uno sobre las cosas que le pertenecen. Sin embargo, cuando hablamos del “sentimiento de pertenencia”, el concepto se resignifica de un modo en el que es el sujeto quien pasa a ocupar el lugar del objeto de la propiedad: *ya no se trata de algo que me pertenece o que poseo, sino de algo que me tiene a mí como “una de sus pertenencias”*, y ese “tenerme” adquiere una significación tal que me caracteriza, me identifica, es decir, me otorga identidad.

Ser es inseparable de pertenecer y, mejor aún, ser equivale a pertenecer. Con mayor o menor conciencia, todos queremos pertenecer a comunidades o grupos que valoramos. Pero parece que nos conviene reflexionar en qué punto estamos, en cada caso, del trayecto que va del “formar parte” al “pertenecer”. Porque a veces nos parece que pertenecer nos impone exigencias que nos quitan libertad. Sin embargo, la libertad más genuina comienza cuando uno puede armonizarla con la de quienes comparten su grupo de pertenencia.

Todo parece ir decantando en que el objetivo a perseguir no está en amar lo que esperamos ser cada uno de nosotros en la institución sino en amar a la institución. Lo que no es bueno para el grupo, tampoco es bueno para uno. La búsqueda exclusiva del beneficio propio es una fantasmagoría. Ya hace años que Chiozza nos ayudó a entender que el que planta dátiles sabiendo que no llegará a comerlos ha empezado a comprender el sentido de la vida.